

ro todas sus diligencias han sido inútiles.

XVII. La caída de San Pedro no perjudicó en cosa alguna á la primacia que Jesuchristo le concedió, y aunque esta caída fué un grande mal, no por eso dexó el Salvador de concederle de nuevo la superintendencia de la Iglesia en todo el mundo. » Llama San Chrisóstomo á este Apostol, Príncipe del coro Apostólico (1), boca de los discípulos, columna de la Iglesia, firmamento de la fe, fundamento de la confesion, y pescador del universo, y dice: » que sacó los hombres de lo profundo del error para levantarlos hasta el cielo.»

XVIII. Alabando la generosa libertad del gran Sacerdote Azarías, el que no quiso sufrir que el Rey Ocías usurpase las funciones Sacerdotales, señala San Chrisóstomo con toda limpieza la diferencia que hay entre la potestad secular y la eclesiástica. Ocías, dice (2), entró en el *Sancta Sanctorum*, y quiso ofrecer por sí mismo el incienso, presumiendo que era digno, y siendo Rey quiso usurpar el Sacerdocio. Príncipes, deteneos en los límites de vuestro poder, los que son, dice el Santo, muy diferentes de los de la potestad Sacerdotal. Los derechos del Rey se extienden sobre las cosas de la tierra, pero los del Sacerdote son mucho mas dilatados, segun lo que está escrito: *Todo quanto desateis sobre la tierra, será desatado en el cielo &c.* Los cuerpos están sujetos á los Reyes, las almas á los Sacerdotes, el Rey perdona las deudas temporales, el Sacerdote remite los pecados. El uno obliga, el otro exhorta, el uno emplea la fuerza, el otro se sirve de los consejos: el uno tiene armas materiales, el otro espirituales: el uno hace la guerra contra los bárbaros, el otro contra los demonios. Luego la autoridad del Sacerdote es mayor que la del Rey; y por

(1) Homil. 5. de Penit. & de Decemmil. talent.

(2) Homil. 4. in illud. *Vidi Dom.*

eso baxa el Rey la cabeza á la mano del Sacerdote; y en el antiguo Testamento los Sacerdotes eran los que ungián á los Reyes. Pero Ozias, traspasando los derechos de su jurisdiccion, y el exercicio de su poder, entró en el Templo con violencia, y quiso ofrecer incienso. ¿Qué dixo á esto el Sacerdote? No os es permitido ofrecer incienso. Vease aqui una generosa libertad. Vease aqui una alma que no conoce la baxeza de adular. No os es permitido, añade, entrar en el Santuario, ni ofrecer incienso, eso está reservado para mí. Esta reconvençion fué sin efecto. El Rey entró en el Templo, abrió el *Sancta Sanctorum* para ofrecer incienso; el Sacerdote fué despreciado, quedó pisada la dignidad Sacerdotal; pero el Sacerdote no tiene mas derecho que el de reprehender y advertir con libertad. Ozias no quiere ceder, y aun disponía las tropas y las armas, pretendiendo usar de autoridad. Entonces el Sacerdote exclamó: Señor, defended vuestro Sacerdocio, pues le pisan, las leyes se violan, y la justicia se trastorna: tomad vos su defensa.»

Mas al mismo tiempo que San Chrisostomo ensalza el poder de los Sacerdotes, establece solidamente el de los Príncipes y Magistrados, reconociendo que estan constituidos por Dios para que florezca la Religion, para mantener la paz y el buen orden en el estado, y para contener los delitos que el desenfreno no dexaria de producir. » A la verdad, si no hubiera Magistrados en la ciudad, nuestra vida seria mas selvática que la de las fieras mas feroces: nos comeriamos y devorariamos unos á otros; el rico oprimiria al pobre, el cruel maltrataria al benigno. Si los perversos no temieran el castigo, llenarian los pueblos de mil males; lo que tuvo presente San Pablo quando dixo: *Todo poder viene de Dios, y por su orden subsisten las Potestades.* Hablando San Chrisóstomo de la injuria que habia hecho á Teodosio, quando derribáron las estatuas, manifiesta

hasta dónde llegaba su respeto á las cabezas coronadas. » Han ofendido, dice, al que no tiene igual sobre la tierra: es un Emperador, es Soberano, y Cabeza de los demás hombres: recurramos, pues, al Rey celestial, llamándole á nuestro socorro. A todos los hombres, no solo á los Seculares, sino tambien á los Monges ó Presbíteros, ordena el Apóstol que vivan sujetos á las Potestades superiores: aunque fuerais Apóstoles, Evangelistas ó Profetas, no por eso estaríais menos obligados á vivir sometidos á su autoridad, y esta sumision en nada es contraria á la devocion y la piedad.»

XVIII. Los que eran admitidos al Bautismo, se estaban preparando por treinta dias (1). Antes de recibirle, los exhortaban, y aun los obligaban á renunciar á Satanás, á su culto y á sus pompas (2). Y añadían: yo me uno con vos, oh, Christo. Despues hacian profesion (3) de creer la resurreccion de los muertos. Entonces los sumergian en el agua. Quando recibian el Bautismo, llevaban una sola túnica, y entraban descalzos. Se daba el Bautismo en nombre de las tres personas de la Santísima Trinidad (4). No se dudaba que borraba todos los pecados, por lo que quiere San Juan Chrisóstomo que lloren á los que mueren sin Bautismo (5). Tambien recibimos en este Sacramento la gracia del Espíritu Santo, por lo que el Bautismo de Jesuchristo es muy superior al de San Juan, y al de los Judíos.

XIX. Hablando San Juan Chrisóstomo de los Samaritanos que el Diácono Felipe habia bautizado, dice: » que no habían recibido de él el Espíritu Santo, porque no tenía el poder para darle, estando reservado á los Apósto-

(1) Catech. 1.

(2) Catech. 2.

(3) Homil. 40. 1. ad Cor.

(3) Homil. 25. in Joan.

(5) Catech. 1.

les (1), como un dón que les era particular (2). Por lo que, añade, aun el dia de hoy está reservado á los principales Ministros de la Iglesia, que son los Obispos; y ellos solos con excepcion de todos los demás, dan el Espíritu Santo. En otra parte distingue la imposicion de las manos, del Bautismo; y dice: » que con esta imposicion recibieron los recién bautizados el Espíritu Santo por ministerio de San Pablo.» (3)

XX. „Los misterios terribles y saludables que celebramos en nuestras juntas se llaman *Eucaristía*; esto es, accion de gracias; porque son la memoria de los infinitos dones que Dios nos ha comunicado, y del mayor y mas principal, que es su caridad, los quales nos obligan á renovar continuamente nuestra gratitud á Dios.» Prueba San Chrisóstomo con las palabras de la institucion de la Eucaristía, que Jesuchristo está en ella con presencia Real. Estando á la mesa, dice (4): *Tomó el pan, y habiéndole bendecido, le partió, y le dió á sus Discípulos, diciendo: Tomad, comed; este es mi cuerpo. Tomando despues el caliz, y habiendo dado gracias, se le dió, diciendo: Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre del nuevo Testamento, la que se derramará para vosotros y para muchos para la remision de los pecados.* Como no se turbáron los Discípulos quando oyéron estas palabras, porque ya habian oido decir á Jesuchristo muchas cosas y de grande importancia acerca de este misterio. Ya les habia hablado de él en el discurso que refiere San Juan en el cap. 6. Allí les dixo: *Que el pan que los habia de dar sería su carne y su sangre: que su carne era verdadera comida, y su sangre verdadera bebida; y que*

(1) Homil. 18. de Act.

(2) Los que son bautizados en nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, todos reciben invisiblemente el Espíritu Santo. En vir-

tud del Sacramento, quiere, pues, decir que solos los Obispos daban el Espíritu con la Confirmacion.

(3) Hom. 9. in c. 6. Ep. ad Heb.

(4) Homil. 82. in Matth.

no se puede lograr la vida eterna sin comerle. Lo que hizo tambien que no se turbasen los Apóstoles fué, añade San Chrisóstomo, que el mismo Jesuchristo bebió de su caliz y de su sangre, para que, oyéndole decir estas cosas, no se dicesen á sí mismos: ¿y qué bebemos sangre, y comemos carne? Porque quando al principio habló de estos misterios, se escandalizáron muchos de sus palabras: pues para que no se turbasen, el mismo Jesuchristo participó de estos misterios, y el mismo Señor bebió su sangre, inclinándolos de este modo á que participasen de ella sin perturbarse. Creemos, pues, á Dios en todas las cosas, continúa este Padre, y no le contradecemos, aunque lo que nos dice parezca contrario á nuestra razon é inteligencia; y es razon que su palabra haga en nosotros mas impresion que nuestros discursos: la palabra de Dios no nos puede engañar, y nuestros sentidos facilmente se engañan. Supuesto, pues, que esta palabra nos asegura que es su cuerpo, quedemos persuadidos; creamosle, y veámosle con los ojos del espíritu: porque Jesuchristo nos ha dado una cosa que se ve; pero baxo los signos sensibles nos ha dado lo que los sentidos no perciben. ¿Quántos hay que dicen: yo quisiera ver á nuestro Señor Jesuchristo revestido de aquel mismo cuerpo con que vivió sobre la tierra! Yo me alegraría de ver su rostro, toda la figura de su cuerpo, sus vestidos, y hasta su calzado. Pues yo os digo que estais viendo al mismo Señor, y aqui le teneis; y no solamente os permite verle, sino tocarle, comerle y recibirle dentro de vosotros. Velad, pues, continuamente sobre vuestras acciones, sabiendo que los que reciben indignamente su cuerpo estan amenazados de un grande castigo. No se contentó Jesuchristo con hacerse hombre y ser crucificado por nosotros, sino que se mezcla con nosotros, nos hace propio su cuerpo; no solamente por la fe, sino efectiva y realmente. ¿Quién, pues, deberá estar mas

puro que el que participa de tal Sacrificio? ¿Qué rayo del sol no deberá ceder en resplandor á la mano que corta esta carne, á la boca que está llena de este fuego espiritual, á la lengua que está teñida con esta tremenda sangre! Representaos, pues, la honra que recibís, y á qué mesa estais sentados. Aquel Señor á quien los Angeles miran con temblor; ó por mejor decir, á quien no se atreven á mirar, por causa del resplandor y brillo de la Magéstad que los deslumbra: este es el que nos sirve de alimento, se une con nosotros, y hacemos con él una misma carne y un mismo cuerpo. ¿Quién podrá hablar dignamente de la omnipotencia del Señor, ó publicar las alabanzas que le son debidas? ¿Qué pastor ha dado jamás su sangre para que se apacienten sus ovejas? ¿Qué digo pastor! ¿No estamos viendo que muchas madres, despues de haber dado á luz sus hijos, los entregan á otras mugeres para que los crien? Pero, Jesuchristo no lo ha hecho así con nosotros. Nos alimenta con su propia sangre, y de todos modos nos incorpora consigo mismo. Sea, pues, nuestro mayor dolor vernos privados de este espiritual sustento: no es el poder de los hombres el que hace todas estas cosas; Jesuchristo, que en otro tiempo obró estas maravillas en la Cena con sus Apóstoles, al presente las continúa. Aqui ocupamos el lugar de sus Ministros; pero él es el que santifica estas ofrendas, y el que las convierte en su cuerpo y sangre." Tambien en otra parte señala San Chrisóstomo con toda exáctitud el misterio de la *Transubstanciacion*. "Ya llegó el tiempo de acercarse á esta tremenda mesa. En ella está presente Jesuchristo; el mismo, que en otro tiempo cubrió y adornó la mesa en que se celebró la Cena, adorna ahora la mesa de su santo altar; porque no es un hombre solo el que hace que la ofrenda llegue á ser el cuerpo y sangre de Jesuchristo, sino el mismo Jesuchristo. Es verdad que el Sacerdote es el que pro-

nuncia las sagradas palabras; mas por el poder y gracia de Dios se convierten los dones ofrecidos, quando decimos: *Esto es mi cuerpo*. Y todos nosotros somos un solo pan, y un solo cuerpo. No basta decir, añade este Padre, que todos nos unimos de un modo inefable, por la Comunión, á un mismo cuerpo; es preciso decir que somos aquel mismo cuerpo con el qual nos une la Comunión. A la verdad, ¿qué viene á ser el pan de la Eucaristía, sino el mismo cuerpo de Jesuchristo? ¿Qué llegan á ser los que lo reciben, sino el mismo cuerpo de Jesuchristo que han recibido? No para hacer con él muchos cuerpos, sino un cuerpo solo. Porque asi como un pan, compuesto de muchos granos de trigo, de tal suerte se une en una masa, de modo que no se ve la distincion de los granos, asi tambien nos unimos estrechamente con Jesuchristo: porque el cuerpo que alimenta al uno no es diferente del que sustenta al otro, sino que todos nos alimentamos con un mismo cuerpo; por lo qual dice el Apóstol, que todos somos participantes del mismo pan."

XXI. „Dios, que por una bondad inexplicable habia sufrido que le ofreciesen en otro tiempo la sangre de animales, á causa de la imperfeccion de los que profesaban la ley antigua, mudó este Sacrificio en otro mas grande y terrible, substituyendo otra víctima, y mandando que le ofreciesen á él mismo, en vez de sacrificarle animales. David habia profetizado el establecimiento de este nuevo Sacrificio (1), en lugar del antiguo, y que Dios habia de abolir el de los animales. Tambien nos habia dado el Señor una figura de este nuevo Sacrificio en el de Abrahan (2); no inmoló este Patriarca á Isaac; pero tuvo pronta la voluntad: no introduxo el cuchillo en el seno de su hijo, ni le cortó la cabeza. Tambien tenemos un sacrificio que se

(1) Homil. 7. ad Jud.

(2) Chris. in Eustas.

hace sin efusion de sangre. Los que estan ya iniciados en los misterios entienden lo que quiero decir. Y por esto el sacrificio de Abrahan, que era figura del nuestro, se completó sin derramar la sangre. Supuesto, pues, dice San Crisóstomo, que veis la imágen de este misterio trazada mucho tiempo antes en el Testamento antiguo, no rehuséis dar fe á la verdad. El Sacrificio que entre nosotros se celebra todos los dias es unico, y el mismo en todas partes; porque es la misma víctima la que se ofrece en todos los lugares. Ofreciéndola todos los dias, renovamos la memoria de la muerte del que se ofrece por nosotros. Esta víctima es una, y no hay muchas. ¿Cómo es esto? Porque solo una vez se ofreció á sí mismo, y es la misma que todos los dias ofrecemos: no es hoy una víctima (1), y mañana otra; siempre es la misma; por lo qual el sacrificio es uno. Pero se ofrece, me direis, en muchos lugares. ¿Luego hay muchos Christos? No; el mismo Christo es el que se ofrece en todos los lugares: aqui está entero y perfecto; y del mismo modo está en otras partes: todo no es mas que un solo cuerpo. Pues como es un cuerpo solo, aunque se ofrece en muchos lugares, es un mismo Sacrificio. Nuestro Pontífice es aquel mismo que ofreció la Hostia que nos purifica; y nosotros ahora ofrecemos aquella misma Hostia que entonces fué sacrificada, y jamás puede consumirse. Esto se hace en memoria de lo que se hizo en aquel tiempo: *Haced esto*, dice Jesuchristo, *en memoria de mí*.

XXII. ¿Qué calidades deberá tener, dice este Padre, aquel cuyo ministerio es ser intercesor delante de Dios (2), no por una sola ciudad, sino por toda la tierra? ¿Qué está destinado para orar por los pecados de todos los hombres, y no solo de los que viven, sino tambien de los que han muer-

(1) Homil. 17. Ep. ad Hebr. (2)

(2) Hom. contra Jud. 3. d. I. (1)

to? Debe exceder á aquellos por quienes ora, tanto como un Príncipe se eleva sobre sus vasallos. Principalmente, si se considera que él es el que, invocando al Espíritu Santo, completa este tremendo Sacrificio, que tiene por mucho tiempo en sus manos al Señor de todo el universo. Pregunto pues: ¿en qué clase le debemos colocar; qué pureza debemos exigir de él; y qué piedad es la que debe tener? Considerad cuáles deben ser las manos que sirven á este Ministerio; cuál la lengua que pronuncia estas sagradas palabras, y cuán pura el alma que recibe este Esposo Divino. Entretanto que el Sacerdote ofrece este augusto misterio, le estan rodeando los Angeles." Esto dice San Chrisóstomo que lo supo de una persona á quien un anciano de grande virtud, favorecido de Dios con muchas revelaciones y visiones maravillosas habia contado, que durante el Sacrificio, habia logrado la felicidad de ver, en quanto pueden los ojos mortales, una multitud de Angeles revestidos de ropas blancas, que rodeaban el altar, baxando la cabeza en señal de reverencia y respeto, como lo hacen los Soldados en presencia de su Rey (1). Dice San Nilo, que San Chrisóstomo, á quien llama: *la luz de la Iglesia de Constantinopla, y aun del universo*, á todas horas estaba (2) viendo Angeles en la Iglesia; pero especialmente durante el Sacrificio incruento. Añade: "que este Padre, lleno de admiracion y de gozo, comunicaba á sus íntimos amigos, y á los mas espirituales estas visiones de los Angeles; y les decia: que quando se empezaba la sagrada oblation, veía baxar del cielo muchos espíritus bienaventurados, que descalzos, y revestidos con ropas muy resplandecientes, rodeaban el altar con respeto y silencio, mirando á la mesa sagrada, y baxando la cabeza. Añadia San Juan Chrisóstomo: que concluida la

(1) Lib. 6. de Sacerd. moH (2) Nilus, Ep. 29. 4. lib. 1. (1)

celebracion de los misterios, quando los Obispos, Presbíteros y Diáconos distribuían al pueblo el cuerpo y la sangre preciosa, los ayudaban los Angeles en estos ministerios, y los sostenian para que no se cansasen.

XXIII. Acerquemonos, dice este Padre, á nuestro Señor Jesuchristo con fervor y caridad ardiente (1), no sea que excitemos contra nosotros la severidad de los castigos de Dios; porque no hay duda que nos castigará con tanto mayor rigor, quantos mas beneficios hemos recibido, si nos hacemos indignos." Despertemos, pues, y admiremonos, manifestando mucho mas reverencia al cuerpo de Jesuchristo, que la que se vió en los Magos quando le adoraron; no sea que si llegamos temerariamente, juntemos sobre nuestras cabezas carbones encendidos. No lo digo, añade, para que os retireis, sino para que no os acerqueis con temeridad. Ninguno, dice el Santo, llegue á esta sagrada mesa con disgusto, con negligencia y tibieza (2); sino que todos participen de ella con santas ansias, con fervor y amor; imitando aquel ímpetu y avidéz con que los niños se arrojan al pecho de sus madres á mamar: bebamos, pues, la leche espiritual de aquellos Divinos pechos; pero vamos todos con la mayor ansia y ardor para atraer á nuestros corazones, como hijos de Dios, la gracia de su Espíritu Santo; y sea nuestro mayor dolor el vernos privados de este celestial alimento."

XXIV. Muchos fieles habian llegado á tanta insensibilidad acerca de su salud eterna, que arreglaban sus Comuniones por la ocurrencia de las festividades, y no por la pureza de su alma. Contra este abuso declama San Chrisóstomo; y dice (3): "que no hemos de arreglar el tiempo de comulgar por la solemnidad de las fiestas, sino por la pu-

(1) Hom. 24. in Ep. 1. ad Cor.

(3) Hom. de S. Philog.

(2) Hom. 82. in Matth.

reza de la conciencia y la inocencia de una vida purificada de todos los pecados. Porque así como el que no se siente reo de alguna iniquidad, debe comulgar todos los días, por el contrario, el que después de haber pecado no ha hecho penitencia, no puede comulgar con seguridad, aun en los días festivos. No debemos imaginar que estamos esentos de pecado, por comulgar una vez al año, si comulgamos indignamente, antes bien será mayor nuestra culpa; pues comulgando solamente una vez, no procuramos hacerlo con la pureza necesaria. Os exhorto, pues, concluye este Padre, á quantos aquí estais á que no os acerqueis á los santos misterios con negligencia, ni como obligados por la ocurrencia de la festividad. Quando os prepareis para recibir la Sagrada Hostia, purificaos antes por muchos días con la penitencia, con la oracion, con la limosna, y con una frecuente aplicacion á las cosas espirituales, para no volver como los perros al vómito, usando de la frase de la Escritura. ¡Oh costumbre irracional; oh imaginacion engañosa! en vano asistimos al altar, supuesto que nadie comulga. Esto os lo digo, no para que llegueis temerariamente á la Comunión, sino para que procureis hacerlos dignos de participar de Dios. Acaso me direis, que no sois dignos de este Sacrificio. Yo os respondo, que tampoco lo sois de tener parte en las oraciones. ¿No oís al Ministro que dice en alta voz: *Todos los que estan en penitencia salgan fuera de la Iglesia?* Luego todos los que no comulgan están en penitencia. Muchos sola una vez al año se acercan al Sacramento del altar (1); otros dos veces, y otros muchas veces. A todos estos, dice San Chrisóstomo, se dirige mi discurso; no solo á los que aquí se hallan presentes, sino á los que, viviendo en los desiertos, solamente una

(1) Homil. 17. Ep. ad Hebr.

ó dos veces comulgan en todo el año. ¿A quienes estimaremos en mas, á los que solo comulgan una vez, á los que comulgan á menudo, ó á los que comulgan rara vez? Yo, dice este Padre, no estimo á los que comulgan á menudo, ni á los que rara vez comulgan, sino á los que comulgan con conciencia recta, corazon puro, y vida irreprehensible. Los que se hallan en este estado, lleguen siempre: y los que no tienen esta disposicion, jamas se lleguen: porque no hacen otra cosa que irritar contra sí los juicios de Dios, y hacerse dignos de la condenacion, de las penas y de los castigos.”

En otro lugar advierte San Chrisóstomo á los Ministros de los santos altares, con qué penas serán castigados, si admiten á la participacion de la Eucaristia á los que saben que estan manchados con algun delito. «Todos, dice el Santo, los que son duros y desapiadados con los pobres, todos los que son impuros, guárdense de acercarse á esta santa mesa (1). No digo esto solamente á los que participais de los misterios, sino tambien á vosotros los que sois dispensadores y Ministros del altar; pues estais amenazados de un grande castigo, si sabiendo que un hombre es pecador conocido, le dexais acercarse á esta santa mesa. Porque Jesuchristo os ha de pedir cuenta de su sangre, si la dais á beber á los indignos. Si se presenta, pues alguno, sea General de ejército, sea mayordomo del Imperio, ó el mismo Emperador, impedidle, para que no llegue al altar. En este punto es la potestad eclesiástica, que se os ha cometido, mucho mayor que la imperial. No os ha honrado Dios con el ministerio de los altares, para que vistais una túnica blanca y resplandeciente, sino para que distingais los que son dignos ó indignos de la participacion de los santos misterios. En esto consiste la dig-

(1) Hom. 72. in Matth.

nidad de vuestro cargo; en esto está la seguridad de vuestra conciencia; y en esto estriva toda vuestra gloria. Sino os atreveis á arrojar de la Iglesia con vuestra propia mano á los indignos del sagrado altar, decidmelo á mí, que no permitiré yo que se acerquen. Antes perderé la vida que dar al indigno el cuerpo del Señor; mas bien sufriré que derramen mi sangre, que presentar una sangre tan santa y venerable al que no se halla en estado de recibirla. Si alguno llega indignamente sin que lo sepais, no es culpa vuestra, si antes habeis puesto el cuidado posible en el discernimiento. Porque no hablo aquí de aquellas personas que son manifestamente viciosas.”

XXV. *Qualquiera que bebiere el caliz del Señor indignamente, será reo de la sangre del Señor.* ¿Y por qué, dice San Chrisóstomo? Responde: porque derramó esta misma sangre (1), y porque quando comulgó, mas bien hizo una muerte, que un sacrificio. Porque el que se acerca indignamente á la comunión, y por consiguiente no recibe fruto alguno, es semejante á los que en otro tiempo tomaron el cuerpo del Señor, no para beber amorosamente su sangre, sino para derramarla. Guardaos (dice en otra parte el Santo) de pareceros á Herodes, y de decir como él, que venis á adorar á Jesuchristo, siendo así que le venis á quitar la vida. Porque todos los que se acercan indignamente á los sagrados misterios, se hacen semejantes á este tirano (2). Ningun hipócrita, pues, ningun hombre lleno de iniquidades ó infestado (3) con el veneno de sus pasiones se acerque á la sagrada mesa, sino quiere participar de la condenacion del traidor Judas. En este infeliz entró el demonio en el punto en que recibió la sagrada comunión: no porque el diablo despreciase el cuerpo del Salvador; antes

(1) Hom. 27. Ep. 1. Cor.

(2) Hom. 7. in Matth.

(3) De Prodit Judæ hom. 7.

bien despreció á Judas por su desvergüenza. Lo qual nos enseña, que principalmente en aquellos que reciben indignamente los divinos misterios, entra el demonio como en Judas, para hacerse dueño de sus almas.” Dice San Chrisóstomo “que no habla de este modo para espantar á sus oyentes, sino para que vivan mas cuidadosos y circunspectos. Este sacrificio es un alimento espiritual: así, pues, como las viandas ordinarias, quando hallan el estómago lleno de malos humores, aumentan el mal en lugar de aliviarle: así tambien estos misterios que son espirituales, quando hallan el alma llena de corrupcion y de iniquidad, la corrompen mas, no por sí mismos, sino por la flaqueza y depravacion del alma que los recibe.” La amenaza del terrible castigo de que yo he hablado, si penetra la conciencia de los pecadores, como el fuego á la cera, derrite, por decirlo así, y hace desaparecer los pecados; y teniéndolos siempre en el temor, mantiene su alma pura y resplandeciente, inspira mayor confianza, y de esta nacen mayores deseos de participar á menudo de nuestros inefables y terribles misterios. Así como los Médicos á los que tienen destruido el estómago les dan remedios amargos, para purgar los malos humores, despertar el apetito perdido, y disponerlos para que coman con mas gusto los manjares comunes: así tambien el Predicador con las verdades amargas que anuncia, purifica el alma de malos pensamientos, la quita la pesada carga de sus pecados, da lugar para que respire la conciencia, y la prepara para que guste el cuerpo del Señor con un placer inexplicable. El que está encargado de tan grande ministerio, se ve en la necesidad de decir con libertad lo que Dios le manda, pretendiendo anunciar lo que es útil al auditorio mas que lo que le place, ó de hacer traicion con una condescendencia mal entendida á su propia salud, y á la de sus hermanos, si teme incurrir en su desgracia.”

XXVI. La Liturgia que San Chrisóstomo califica algunas veces con el nombre de *Pasqua*, se celebra tres ó quatro veces á la semana, y en todas las juntas. Quando el que presidia á la Iglesia entraba en el templo, saludaba al pueblo diciendo: *La paz sea con vosotros* (1)... Reiteraba esta salutacion quando predicaba, quando bendecia, quando mandaba que se saludasen, y quando se concluia el sacrificio. Pero en medio del sacrificio, decia: *La gracia y la paz sean con vosotros*. Y todos respondian: *y con vuestro espíritu*. Quando el Presidente entraba en la Iglesia, subia el Lector al lugar destinado (2), y advirtiendo á los oyentes qué libro era el que habia de leer, empezaba la lectura, diciendo (3): *Asi habla el Señor*. Entonces decia el Diácono en alta voz: *Estén todos atentos, y guarden silencio*; no para honrar al Lector, sino á Dios que habla por su boca (4). Despues de la lectura se decian las oraciones, en las cuales tenia mucha parte el pueblo fiel: porque las oraciones que entonces se decian, asi por los Energúmenos, como por los Penitentes, eran comunes á los Sacerdotes y al pueblo. Despedidos los Catecúmenos, cerraban las puertas de la Iglesia (5), y quedando solos los fieles, se disponian á la oblacion de los dones (esto es al ofertorio) con el beso de paz que se daban todos los asistentes en señal de reconciliacion, cumpliendo el precepto de Jesuchristo (6), que dice: *Si quando ofreces al altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, dexa tu ofrenda delante del altar, ve antes á reconciliarte con tu hermano, y despues vuelve á ofrecer tu obla-*

(1) La palabra griega *aspasasthai* no significa saludarse, sino abrazarse, y darse el osculo de paz.

(2) Hom. 8. Ep. ad Hebr.

(3) Hom. 32. Ep. ad Tesal.

(4) Hom. 19. Act.

(5) Hom. 23. in Matth.

(6) Lib. 1. de Compunc.

cion. Este beso de paz se daba en la boca; por lo que dixo San Chrisóstomo, que nosotros somos templos vivos (1) de Jesuchristo, y que nuestra boca es como la puerta." Besamos, añade el Santo: "el vestíbulo y la puerta de este templo, quando nos abrazamos unos á otros. Por esta puerta entra Jesuchristo quando comulgamos: los que participais de los misterios, sabeis lo que yo digo. Despues de la oblacion, se empezaba lo que ahora llamamos *el Prefacio*, en el qual tenia parte el pueblo, no menos que el Sacerdote: porque asi como el Sacerdote ruega por el pueblo (2) en los terribles misterios, asi el pueblo ora por el Sacerdote." La misma respuesta que el pueblo da al Sacerdote, diciéndole, *y con vuestro espíritu*, es una oracion que hace á Dios por él. Tambien aquella en que se dan gracias á Dios, es comun al uno y al otro, porque quando el Sacerdote dice: *Demos gracias á Dios*, inmediatamente añade el pueblo, *eso es digno y justo*. Proseguia el Sacerdote: *Elevad vuestro espíritu y vuestros corazones* (3), para que los asistentes no se empleasen en vanos discursos quando iba á ofrecer los santos misterios, y el pueblo respondia, *ya los tenemos levantados al Señor*. En el Prefacio nombraba el Presbítero los Querubines y Serafines, advirtiendo, que pues juntamos nuestras voces, y cantamos de concierto con aquellos espíritus soberanos, debemos tambien asistir al terrible sacrificio con la reverencia y respeto con que los Angeles rodean el trono Real. Se concluia el Prefacio cantando con ellos, *Santo, Santo, Santo*. A lo que parece (4), tambien se decian las palabras que cantaron los Angeles en el nacimiento del Salvador, *Gloria á Dios en las alturas*. Despues decia el Sacerdote: *Perdonadnos Señor*, los pecados que vo-

(1) Hom. 30. Ep. 2. ad Cor.

(2) Hom. 18. Ep. 1. ad Cor.

(3) Hom. 9. de Pœnit.

(4) Homil. 5. *Vidi Dominum*, y 3. Epist. ad Colos.